

Retorno del futuro (*)

Estas páginas, que proceden de un libro de cincuenta o más ensayos, entrelazados por la congoja y la gloria de ser peruano, se escribieron para la anticipación. Para ser leídas y acaso enteramente apreciadas a posteriori, y cuando yo estuviera muerto. Fueron escritas en una isla del Pacífico mientras era profesor, con las ventajas de la "distanciación" de la que ha hablado Norbert Elias. Sin embargo, hubo unos 23 viajes al Perú con mis propios recursos y con el fin de ver investigadores peruanos, comprar sus libros y tratar de entenderlos. Los cito abundantemente, pero no coincido necesariamente con muchos de sus puntos de vista. Soy por esencia, un hereje. Me sorprende llegar a la cuarta edición. Me sorprende que una universidad decida editarla (cosa que agradezco). Se reeditan, pues, los ensayos, tanto los que abarcan del siglo XVI al XIX como los que abordan los tiempos actuales, y que concluyen con presagios sobre el porvenir.

Me sorprende que lo que estaba pensado para el futuro se lea ahora con urgencia. Quiere decir que el futuro de alguna manera se nos viene encima. Y si esto es así, quiere decir entonces que vivimos en lo que los griegos llamaron un *Kairos*, un tiempo cumplido. Lo que

está en juego es lo que no hemos conseguido hasta ahora, la nación, el Estado, la articulación entre ambos. No es el dios metafísico el que se nos pierde, la "muerte de Dios", a la manera de Nietzsche, no somos tan modernos. No es sino nuestra pequeña historia nacional. El no haber entrado del todo a la razón moderna. Se abren amaneceres, sobre un país de países que no ha vivido su mediodía. Si no realizamos la tercera mitad, las peculiaridades que llevamos con nosotros mismos, nos harán pedazos. ¿Y qué es la "tercera mitad"? Lo que podemos ser de novedad, si abandonamos de una vez por todas el doble fantasma del inca y el conquistador. Por mi parte no me siento vinculado ni al uno ni al otro.

Si trato de la historia es para que no se repita. Me interesa el pasado a condición de que deje de ser presente. No me estremece necesariamente de emoción la antigua ciudad arqueológica de Caral, más me emocionaría un aula de niños corrientes en la que asistan - ¡oh quimera! - diversas etnias, y formas distintas de lo popular, de lo mezclado, incluso los hijos del privilegio. Ganarían mucho en conocerse unos y otros. No me apasionan demasiado las herencias, me parecen incluso una patología reaccionaria. Hay como un barroco tardío en esas ideologías que quieren construir el horizonte con lo que ya fue. Prefiero la emergencia de lo nuevo. El nomadismo de multitudes que está en nuestras ciudades. Lo que otros llaman "lo cholo". Lo acabo de explicar

en una publicación de la BNP que resume dos años de coloquios. Pienso también en los que se van y vuelven del extranjero. No soy un historicista, en el pasado peruano hubo formas de dominación atroces. Teocracias despóticas. Me interesa el tiempo presente, las avenidas de la ciencia y el conocimiento. Quisiera, para el país en el que he nacido (aunque una gran parte de mi vida transcurriera fuera de él) una comunidad en la riqueza del saber compartido, los afectos, la alegría de ser distintos y a la vez iguales. No sé si el futuro será otra jaula histórica o una llanura de libertad y libertades. No tengo que saberlo, se han terminado los tiempos de los profetas armados o desarmados. Nadie puede ser ahora ni Marx ni Max Weber. La educación generalizada, los procesos de comunicación y producción de saberes se han hecho multitud. No soy sino apenas un trabajador en la usina mundializada de los conceptos necesarios para la liberación humana, parte de una multitud de trabajadores intelectuales esparcidos por el mundo. Obreros de lo inmaterial. Pero a diferencia del pasado, la empresa del pensar no separa la razón racional de la razón sensual, subjetiva. A este nuevo proletariado, el Gran Capital no puede vencer, porque llevamos con nosotros mismos nuestros propios instrumentos de producción: el capital cultural y la materia gris. Y la voluntad de ser libres, con los otros.

La revolución que nos ofrecían fue también una mistificación. Reproducía la

sociedad de las dominaciones, no la anulaba. Pero algo inmenso está ocurriendo, la principal mercadería que circula es el conocimiento: producción de saberes, nuevos lenguajes y formas inéditas de afectos. Algo gigantesco, que nos envuelve a todos, apenas perceptible. Hablo del planeta, no de un país en especial. Algo que desborda las viejas fábricas productoras de sentido: Estado, nación, partidos, clase social, sistemas educativos. A lo que se añade la complejidad de la vida, más prolongada, más abiertamente sexual. Y la riqueza que pese a todo, a la crisis y la desigualdad, igual se expande. Aunque la calle siga dura y la realidad inmediata siga cruel (obligación del sociólogo es no mentir sobre las restricciones de lo real) algo ocurre. Algo como el derrumbe del antiguo régimen, por todas partes. No oso imaginar bajo qué formas institucionales y jurídicas se cristalice esa economía libidinal y política que aparece desde el capitalismo mismo, como afirmación y a la vez como la forma hipersocial que desde dentro lo trastorna, lo subvierte. Sin embargo, ¿cómo identificar las fuerzas que son el verdadero nuevo mundo, su expresión material y concreta? Quiero estar atento a la emergencia de lo nuevo. Pensar críticamente el mundo. Y para eso, prefiero estar libre. No está en mi agenda el poder. En las circunstancias presentes, en cualquiera de sus encarnaciones legitimantes, plural o autoritario, resulta ilusorio. No creo tampoco que el papel del intelectual, o como se le llame, artesano de significaciones, o iluso

creador de conciencia social para otros, sea el de salvar a nadie. La emancipación de las masas está creando la reproducción de cerebros de origen ajeno a las élites dominantes, y sus propios estados de conciencia. No es tiempo de proponer programas de salvación, ni locales ni globales. Es pretencioso intentarlo. Hay que decir, en cambio, que lo real por el momento, se resiste a ser sistematizado. Así, en años inciertos, a veces jubilosos, otros aciagos, "Tiempo nublado" lo llamó Octavio Paz, acaso valga el destello del intuitivo, la visión del autónomo, la anticipación del *outsider*. A eso me destino. Hay que tomar distancia. Las sociedades portan consigo sus propias mentiras. Y lejos de querer cambiar a toda costa el orden de las cosas injustas pero establecidas como una cierta idea ilusa del mundo lo creía, tienden a reproducir sus males. Y a ocultar sus grandes mentiras, añadiría Cornelius Castoriadis (gran disidente, uno de mis maestros). Como los antiguos esenios, es entonces necesario frecuentar las ciudades, pero también el saludable desierto. Y en esta suerte de programa de vida para -personal, intrasferible, el mío- tiempos transitivos como inciertos, "la sociedad líquida" dicen algunos, no hay recetas. La soledad sin duda empobrece, pero también el exceso de sociabilidad. ¿Cómo estar consigo mismo y con los otros? Nadie lo sabe, pero hay que intentarlo.

Julio de 2009

(*) Prólogo, 4° edición
Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética (2 tomos),
Fondo Editorial de la Universidad Inca
Garcilaso de la Vega, Lima, 2009, pp.
15-18

bloghugoneira.com

bloghugoneira.com